

ISSN: 2422-6890

uni(+di)versidad
publicación del Programa Universitario de Diversidad Sexual

N° 5 / 2024 / Rosario, Argentina

Pensar la reproducción, imaginar políticas sexuales: debates en torno al realismo y al utopismo en Chitty y Muñoz

Fiorella Guaglianone

UNER/UBA-CONICET

fiorella.guaglianone@gmail.com

Resumen

Este trabajo tiene como hipótesis general que en cómo se conceptualiza la reproducción social podemos leer expresiones particulares del vínculo entre esta, las temporalidades sociales y las políticas disidentes sexuales. Más específicamente, intentaremos producir algunas tensiones entre dos autores que permiten dilucidar algunos sentidos de esta relación, José Esteban Muñoz y Christopher Chitty. Las perspectivas que analizaremos se refieren y debaten con una o algunas de las diferentes formas de abordar el problema en los feminismos materialistas y los activismos/estudios queer. Para exponer algunas de las categorías y nociones que atraviesan el problema de la reproducción recorreremos tres contrapuntos: utopismo/realismo, contrahegemonía/hegemonía sexual y reproducción disidente/reproducción capitalista.

Palabras claves

realismo queer–utopismo queer–anti-normatividad–hegemonía–políticas sexuales

En estas páginas, propondremos un cruce entre dos cuestiones que han ocupado a los feminismos y a las teorías de la disidencia sexual: el problema de la reproducción y el de las posibilidades de una política emancipatoria, revolucionaria o disolutora del orden social. El supuesto sobre el que trabajaremos es que en cómo se problematiza la reproducción puede leerse una comprensión específica de las características, los sentidos y los alcances de las luchas o las resistencias, así como de la socialidad o las relacionalidades que estas pueden invocar. La dirección más general, que da marco a estas exploraciones, supone pensar que indagando en esta relación pueden rastrearse modos de imaginar la política, las temporalidades y las relaciones sociales.

De manera más acotada, haremos un entrecruzamiento entre dos autores – Christopher Chitty (2023) y José Esteban Muñoz (2020)– que permiten dilucidar algunos elementos de la trama de estas problemáticas y discusiones. Las propuestas que trabajaremos se refieren y debaten con una o algunas de las formas en los que se presenta el problema de la reproducción. Los contrapuntos que estableceremos son tres: utopismo/realismo, contrahegemonía/hegemonía sexual y reproducción capitalista/reproducción disidente.

Una de las perspectivas, la de Muñoz (2020), está motivada explícitamente por la intención de escribir contra aquellxs que convocan a renunciar a la acción política orientada al futuro y, con ello, a una suerte de antiutopismo disidente sexual y de izquierdas: lo hace en distintos pasajes de un estudio cultural que va entrelazando y exponiendo las marcas y las resistencias a la racialización, la sexogenerización y la heteronormatividad. Preocupado por la creciente preponderancia de las lógicas asimilacionistas en los activismos y la academia lgbt intenta, en contraposición, recorrer intervenciones políticas (performances, instalaciones, poemas, etc.) que suponen una interrupción del tiempo (y del espacio) blanco hetero u homo-normal. La otra, cuyo autor es Chitty (2023), consiste en una crítica materialista a la historia de la liberación lgbt que pone en relación las luchas de clases con los comportamientos sexuales o la sexualidad queer y se esfuerza por responder a la pregunta acerca de cómo se entrelazaron la vigilancia de la actividad homosexual y el surgimiento del capitalismo; una historia de la homosexualidad que comienza por un estudio de la dinámica de clase social de los juicios por sodomía en

la Florencia del siglo XV y que culmina reflexionando sobre los límites de las políticas identitarias lgbt estadounidenses del siglo XX.

Utopismo o realismo queer: ensayar alternativas al giro antisocial

Tanto Chitty como Muñoz nos interesan porque podemos distinguir posiciones teórico-políticas y estratégicas diferentes con las que abordar los sentidos de las políticas sexuales y las coyunturas en las que se producen: son estimulantes para aproximarse al pasado como espacio para la imaginación y la elaboración de una historia no lineal, ni heroica ni triunfalista de las disidencias sexuales y sus luchas. Además, comparten la ambición de nombrar lo queer y la queeridad, uniéndolas a modelos de pensamiento y de acción política. Un objetivo que nos habilita a reconstruir la pregunta por cómo se reproducen las relaciones sociales, cuáles son las temporalidades de lo queer y cuál es la especificidad de una política sexual. No nos detendremos en reponer los aspectos que hacen a la investigación historiográfica y materialista en un caso y a los estudios culturales, en otro: buscaremos, en cambio, como adelantábamos, las reflexiones y conceptualizaciones acerca de la relación política entre reproducción social y disidencias sexuales. En ese sentido tanto Chitty como Muñoz pueden leerse en tensión con uno de los debates más resonantes de los estudios y activismos queer/cuir: el giro antisocial y su opción por el anti-reproductivismo y el anti-futurismo.

Muy resumidamente, el giro antisocial renuncia, critica y se opone al *futurismo reproductivo*; la opción por encarnar el anti-redentorismo, la anti-relacionalidad y la negatividad radical entendiendo al sexo como aquello que resiste a toda codificación en términos de identidad y comunidad; al sexo homosexual como la pulsión de muerte, algo irreducible a lo social, una dimensión inasimilable; el sexo como anticomunal, antiigualitario, antimaternal y antimoroso (Bersani, 1996). Se trata de un posicionamiento que no remite exclusivamente al cuestionamiento de las funciones procreativas, sino que las entrelaza con la dimensión simbólica y material que hace posible la supervivencia del orden heterosexual y familiarista. Una apuesta política por la interrupción de la reproducción del orden heterosexual desatando las potencialidades de una

sexualidad que no responde a las modulaciones edípicas. ¿Qué derivas siguen Chitty y Muñoz, qué formas de la socialidad rastrean y qué sentidos de la política permean esas búsquedas? Recorreremos dos cuestiones que nos permiten exponer aspectos importantes de estas indagaciones: la aproximación que realizan ambos al vínculo entre temporalidades y queeridad y las tensiones que se les presentan entre utopismo y realismo.

La propuesta de Muñoz tiene varias aristas. En un sentido, su oposición al antifuturismo del giro antisocial es radical. Sostiene: “el futuro es el dominio de lo queer” (Muñoz, 2020: 29). Sin embargo, piensa de un modo bastante singular la relación con esa temporalidad de lo social: no se trata de un movimiento hacia adelante, de un desplazamiento estratégico y afectivo que forcluye la queeridad y que reinstaura una linealidad *straight*, sino de un futuro-pasado y de un presente múltiple: “el presente es un presente que ya es directamente parte del pasado y en su relacionalidad promete un futuro” (Muñoz, 2020: 38). *Yirar* la utopía, recorrer eróticamente las utopías es componer con elementos anti-normativos algo diferente al *aquí* y *ahora*. Imaginar el *entonces* y *allí*: adverbios que portan una ambigüedad que alude a un momento o lugar que puede ser futuro o pasado de la enunciación. El pasado como un espacio sólo contingentemente estabilizado, con zonas que pueden activarse o desactivarse en lo que percibimos como nuestro presente; el futuro como territorio de lo todavía no consciente; las utopías como una política para vislumbrar otro modo de existir abierto a la queeridad y a la diferencia, pero también a una forma de lo colectivo que insiste en aparecer.

La “respuesta a la polémica de la antirrelación” (Muñoz, 2020: 44) la elabora sobre una distinción entre su potencialidad crítica y su dimensión o efectividad política: reconoce, por un lado, la capacidad de aquellas lecturas para el desmantelamiento del modo casi automático en que nos ordena una noción inconscientemente aprehendida de comunidad como valor transhistórico y universal, pero, por otro lado, advierte sobre los riesgos de una anti-relacionalidad romantizada, motivada por el deseo de pureza, de incontaminación del sexo entendido como pura diferencia frente al sexo-género o la raza. Ese camino lo realiza de la mano de Nancy: el ser singular plural es la noción que marca como “la

singularidad es siempre adyacentemente plural (...) una entidad se inscribe como particular en su diferencia, pero al mismo tiempo siempre en relación con otras singularidades” (44). El territorio de lo queer es entonces para Muñoz “la región del todavía-no, un lugar cuya entrada y, sobre todo, su contenido final, están marcados por una indeterminación duradera” (Muñoz, 2022: 44). Lo que interesa entonces, como forma de la temporalidad y la política, es lo *ya no consciente*: “las potencialidades creadoras de mundo contenidas en las performances de ciudadanos-sujetos minoritarixs que disputan la esfera pública mayoritaria” (Muñoz, 2020: 117). Una lectura del impulso utópico, de su estructura afectiva, habilita performar una oposición a esa otra economía de sentimientos que es el neoliberalismo. Pensar la utopía, sus formas hegemónicas, pero también aquellos impulsos utópicos que no responden a esa dinámica, sino que fugazmente hacen aparición mostrando algo *ya no consciente*, un *entonces* y *allí*, que puede ser reactivado, revelando el carácter contingente de las relaciones sociales. “En mi reloj, antes éramos queer...” (Muñoz, 2020: 19).

El análisis de Chitty se relaciona también con el problema de las temporalidades sociales queer y, de una manera particular, con lo que pensamos como respuestas al giro antisocial. Con respecto a lo primero, su trabajo se plantea en oposición a la historia de la homosexualidad como historia de la liberación sexual: la historia que le interesa está ligada de manera indisoluble con la lucha de clases y las relaciones de propiedad; dialécticamente, para Chitty, la historia de la sexualidad es inseparable de los procesos de proletarización. Esa lectura supone un corrimiento de “los modelos narrativos liberales y románticos” y permite “evitar los enfoques de progreso y de tragedia” (2023: 51). Sobre esa marca, produce un trastocamiento: al no ser la historia un movimiento hacia el progreso, ni la homosexualidad una fuerza reprimida predestinada a su liberación, en las relaciones sociales de producción y reproducción, en la relación contradictoria que tienen las relaciones capitalistas (tardías) con la familia (porque debilita su base material) y con la homosexualidad (heterosexismo y homofobia) lo que se produce es una temporalidad disyuntiva, de fronteras móviles, con diversas formas de vida superpuestas. Lo que interesa ver ahí es, entonces, tanto las condiciones

estructurales de posibilidad de las culturas de sexo (especialmente, entre hombres) como los efectos contingentes de las luchas políticas sobre las mismas.

Siguiendo ese derrotero, desarrolla dos argumentos políticos y posicionamientos epistemológicos que funcionan como respuestas al giro: a) la opción por la dialéctica y la pregunta por la hegemonía y b) el carácter histórico, material y contingente del sexo y la sexualidad. No es la pulsión de muerte ni la negatividad del sexo no-heterosexual o no-normativo encarnados en lo queer el elemento disolutorio por excelencia del orden social, sino que “en ciertos momentos cruciales de la historia, la sexualidad ha proporcionado un arma para los fuertes y los débiles en las luchas por la legitimidad y el poder” (2023: 51); en otros, ha sido neutral. Saber cuándo y cómo se convierte en oposición, antagonismo o desafío directo a los grupos dominantes es la tarea política y analítica más importante; explicar la diferencia específica de la sexualidad en su historia, los ritmos de la normalización sexual en los modos de producción y reproducción.

¿Cómo podríamos pensar, entonces, lo queer? Dice Chitty: “dejar de lado la posibilidad y el deseo de un nosotrxs basado en una homosexualidad identitaria-comunitaria o una queeridad anti-normativa de forma abstracta” (2023: 32). Su gesto teórico-político es el de recuperar una lectura materialista histórica del sexo que haga posible desandar el camino que equipara casi sin mediaciones sexualidad no-normativa y anti-capitalismo. Un gesto que implica un desplazamiento en la conceptualización de lo queer y que lo liga de manera directa con las contradicciones entre relaciones de producción y sexualidad:

Lo queer puede reformularse así como una categoría descriptiva más limitada, que indica la falta de la adquisición de status: muestra como las normas de género y de sexualidad se debilitan, se dañan y se reafirman en condiciones de crisis sociales, políticas y económicas generalizadas y locales. Lo queer implicaría entonces un proceso contradictorio en el que esas normas son simultáneamente desnaturalizadas y renaturalizadas. En lugar de suponer una apertura utópica de estas lógicas hacia un movimiento de autotransformación, lo queer describiría formas de amor e intimidad con un status precario al margen de las instituciones de la familia, la propiedad y la pareja (53).

Tanto Chitty como Muñoz están guiados en sus trabajos por la preocupación política de coyuntura por el asimilacionismo lgbt; en ambos pueden leerse herramientas para la estrategia en las políticas sexuales. ¿Realismo o utopismo

queer? En este punto son fácilmente distinguibles las distancias entre cada posición. El utopismo queer que supone ver lo queer como “una modalidad de tiempo extático en la que la dominación temporal (...) el tiempo heterolíneo, se interrumpe o se abandona” llama a una política sexual que perturba la linealidad y la proyectualidad política; en la utopía queer actúan al mismo tiempo la fuerza performativa del pasado y de los futuros imaginables.

No cree remitir Muñoz, sin embargo, a un sentido abstracto de la queeridad, como podría pensarse con Chitty: su proyecto es “una hermenéutica utópica que funcione como una crítica materialista histórica” (2020: 34); problematizar la utopía en sus dimensiones concreta o abstracta le parece necesario: “Las utopías concretas están relacionadas con batallas históricamente situadas, con una colectividad que está actualizada o es potencial. En nuestra vida cotidiana, las utopías abstractas son similares al optimismo banal” (32). Las utopías concretas son una herramienta contra el pragmatismo gay que, para Muñoz, integra las lógicas del asimilacionismo lgbt. Con respecto al rechazo de un sentido de la homosexualidad identitario-comunitario, las coincidencias son marcadas, sin embargo, el sentido de lo comunitario en Muñoz difiere de manera sustancial de la idea de lo colectivo. Esta última remite más a la relacionalidad queer, como forma de transmisibilidad cultural y legado de las disidencias sexuales, mientras que existe un sentido de lo comunitario que podría tender al borramiento de las singularidades y de la politicidad de las diferencias. De ahí su interés por las posibilidades de contaminación del sexo por otras particularidades; por las futuridades anti-normativas que componen los pasados queer de color, la potencia de las resistencias a la racialización y la sexogenerización colonial. “El campo de la posibilidad utópica es uno en el que múltiples formas de pertenencia en la diferencia cumplen con la pertenencia a la colectividad” (2020: 61). La dificultad que encuentran los movimientos lgbt para trascender las luchas por la inclusión en “un orden social corrupto y en bancarrota” (Muñoz, 61) aparece cuando y porque apelan a lógicas identitarias más que a la lógica de la futuridad. El pensamiento pragmático que rechaza Muñoz como estrategia política de los movimientos lgbt está en oposición directa con “el pensamiento idealista (...) característico de un modo queer que asoma en el horizonte” (63). El pragmatismo

lgbt, su exaltación de la viabilidad política, es, finalmente, un deseo de normalidad; una política homonormativa.

Las diferencias aparecen con mayor nitidez si pensamos a qué teoría y a qué política convocan dos autores que, en primera instancia, comparten la intención de entender las relaciones entre queeridad y capitalismo en un sentido anti-identitario: en Muñoz la cuestión podría sintetizarse como una invitación a rastrear los impulsos utópicos, priorizar la multiplicidad y la diferencia y abrazar la indeterminación como espacio-tiempo del futuro (el impulso utópico es un devenir); en Chitty, la historia del capitalismo, podríamos decir, es la historia de la sexualidad. El realismo queer es “un enfoque estético, metodológico y político” (Chitty, 2023: 51) que se inspira en la idea de un “marxismo abierto (...) en la forma en la que Antonio Gramsci y otros autores han tratado de relacionar el desarrollo de las relaciones y fuerzas de producción con el desarrollo cultural y viceversa” (52).

Muñoz, en cambio, cuando piensa la interrupción del tiempo hetero-lineal, no se interesa por explicar a través de qué dinámicas, acontecimientos o procesos esta temporalidad alcanzó su hegemonía. Su pregunta por la materialidad histórica de las relaciones sociales no es una pregunta por la historia del capitalismo y su reproducción, sin embargo, aclara que el “mandato dialéctico (...) debería animar nuestras facultades críticas para que el pasado tenga relevancia sobre el presente y el futuro” (71) no suponer la anulación de la imaginación política sino realizar la tarea de la hermenéutica utópica. Chitty preocupado por no asimilar de manera directa homosexualidad y anti-capitalismo entiende que lo normal es un status, determinado por condiciones materiales y que otorga ventajas económicas. A cada modo de producción le ha correspondido, históricamente, una forma de la homosexualidad, sin embargo, es la expansión de las relaciones sociales capitalistas que, según Chitty, desvincula la reproducción social de la familia, la que modifica las condiciones de posibilidad de las culturas de contacto sexual entre hombres.

El realismo queer invita a una alteración de las periodizaciones de la historia de la sexualidad: la hegemonía sexual es el concepto que hace posible esa lectura. Las normas sexuales que modulan, por ejemplo, la homosexualidad, pueden estar muy ligadas a la dinámica de las relaciones de fuerza tanto como no existir una hegemonía sexual fuerte identificable. Lo que resulta más importante para el

análisis de la sexualidad es entonces cómo se volvieron necesarias, en términos económicos y políticos las hegemonías sexuales. El realismo de Chitty es también una advertencia acerca de los problemas estratégicos que puede acarrear una asunción acrítica de que las categorías crean sus objetos, sin embargo, no deja de reconocerse como una intervención performativa, una manera de “cuestionar las ideologías dominantes” (2023: 58) y moverse dentro de ellas:

El término «realness» («realidad, realismo», en el sentido de algo realista, idéntico, auténtico) aparece en la jerga de las maricas, trans y drags negras y latinas de los salones de baile de Nueva York en las décadas de 1970 y 1980. Era una de las categorías de los concursos en la que se valoraba la habilidad de las concursantes y de sus disfraces de imitar de forma «muy real» una estética o un prototipo del mundo heterosexual (58).

Nos gustaría retornar, en este punto, a la inquietud que dio inicio a este texto: ¿cómo piensan la reproducción social y qué puede decirnos de las temporalidades sociales y las políticas sexuales sexo-disidentes? ¿qué sentido de la queeridad puede seguirse estableciendo esta relación?

Reflexiones finales: imaginar la reproducción, pensar la política

Al comienzo de este artículo decíamos que nos interesaba enmarcar algunas de las discusiones en la pregunta por la reproducción en un sentido amplio: la reproducción global de la sociedad, la de la fuerza de trabajo y el ámbito, más restringido de la procreación y la crianza. Es decir, delimitamos el problema a través de tres comprensiones diferentes del mismo: a) el de la reproducción de las relaciones sociales en la producción de valor capitalista b) la reproducción del sexo-género como temporalidad social crono-normal y hetero-lineal y c) la reproducción como espacio de interrupción y/o generación de temporalidades anti-normativas y/o relacionalidades otras.

Podríamos decir que la propuesta de Chitty está más cerca de una noción de la reproducción anclada a las relaciones sociales en la producción de valor capitalista mientras que en Muñoz aparece un sentido más ligado a la reproducción como temporalidad social sexo-generizada y racializada que permanece indeterminada, abierta a la interrupción, a la aparición de un pasado-futuro no consciente. Vimos cómo para uno de los autores, la sexualidad, tiene modos de

presentación histórico –formas de vincularse con las relaciones de clase de manera más o menos preponderante- que se corresponden con la historia del capitalismo. En la otra perspectiva, en cambio, la inquietud tiene que ver con cómo imaginar futuridades anti-normativas: frente al aquí y ahora del presentismo y el pragmatismo gay, el entonces y allí. Nos gustaría, finalmente, poner en relación estos dos enfoques con una noción de la reproducción que pertenece a las tradiciones del debate y que nos permitirán formular algunas preguntas acerca de las tensiones entre realismo/utopismo; hegemonía/anti-normatividad.

En la perspectiva de Chitty, la historia de la sexualidad en el capitalismo está ligada a las mutaciones en el modo de producción de una manera particular: la colonialidad, la racialización y la apropiación (y fabricación) de las mujeres tiene una participación marginal en los esfuerzos de comprensión de la reproducción social. A la historia de la producción capitalista le corresponde una historia de la reproducción que vuelve, sin embargo, la mirada sobre la lucha de clases como si la primera tuviese un carácter más estructural y la segunda uno superestructural. La hegemonía sexual a la que refiere es un conjunto de normas que en coyunturas determinadas tienen mayor o menor gravitación y suponen más o menos posibilidades de adquisición de status. ¿Qué consecuencias políticas y epistemológicas podría tener provocar un desplazamiento de la dialéctica de la lucha de clases a la dialéctica de la lucha de clases sexuales? Es decir, si para Chitty, hay dos niveles, el de la lucha de clases y el de los avances, retrocesos y suspensiones de las normas sexuales qué supondría una lectura de la hegemonía sexual que comprenda dialécticamente la producción del sexo. Dice Chitty:

En primer lugar, las culturas del sexo entre hombres se politizaron en un contexto de formas mucho más amplias de desposesión durante periodos de inestabilidad geopolítica y de transición político-económica; por lo tanto, son fenómenos sistémico-mundiales. En segundo lugar, estas politizaciones dieron lugar a una dialéctica pasional, y la homosexualidad masculina se convirtió en un pararrayos de la ira popular en tanto reflejaba la forma general del poder social durante los periodos de crisis (2023: 65).

Su pregunta por el capitalismo y sus ciclos de acumulación y desposesión, sin embargo, podrían dialogar con la recuperación crítica del materialismo que propusieron las lesbianas y las feministas materialistas. Pensando con ellas,

intentaremos explorar, de manera breve e inacabada, cómo una comprensión feminista materialista de la reproducción podría significar otra lectura de los alcances del concepto de hegemonía sexual; argumentar que una noción de clase como clase sexual podría modificar el sentido de la cuestión de la hegemonía sexual, y, con ella, de un realismo queer.

Las preguntas centrales en el análisis de Chitty son: “¿cómo disolvió y reconstruyó el desarrollo capitalista las estructuras familiares orgánicas de la Europa feudal? ¿qué papel juega esta disolución/reconstrucción de la familia en la reproducción de las relaciones sociales capitalistas? ¿este desarrollo favoreció las culturas de la homosexualidad durante el periodo moderno y, de ser así, por qué y cómo?” (2023: 193). La nuestra es: ¿en qué sentido podrían reformularse esas preguntas si se comprende al sexo-género como una relación social dialéctica? En términos de Wittig:

La categoría de sexo es una categoría política que funda la sociedad en cuanto heterosexual. En este sentido, no se trata de una cuestión de ser, sino de relaciones (ya que las «mujeres» y los «hombres» son el resultado de relaciones) aunque los dos aspectos son confundidos siempre cuando se discuten (...) La categoría de sexo es el producto de la sociedad heterosexual que impone a las mujeres la obligación absoluta de reproducir «la especie», es decir, reproducir la sociedad heterosexual. La obligación de reproducción de «la especie» que se impone a las mujeres es el sistema de explotación sobre el que se funda económicamente la heterosexualidad (2006: 26).

La relación producción-reproducción aparece entonces más circular: no son las relaciones de clase las que determinan las formas que adquiere la sexualidad, sino que la categoría de sexo se produce relacionalmente, en una economía donde heterosexualidad, producción del sexo-género y apropiación de lxssexualizadxs se confunde. Las normas sexuales aparecen así en el centro de la producción de valor y de reproducción de las relaciones sociales. Movimiento que, en términos de hegemonía sexual, supondría asumir que sexo-disidencia y anti-capitalismo están ligados en términos históricos: que la historia de la sexualidad es la de la invención del sexo-género en su carácter colonial y racista; afirmación que no implica un identitarismo ni un esencialismo (del tipo sobre el que advierte Chitty, por ejemplo, gay-anti-capitalista) sino una lectura materialista histórica, un realismo queer.

Una lectura en las claves de Muñoz, por su parte, pone énfasis en los aspectos que Chitty desplaza: la interrelación entre racialización y producción del sexo-género; las posibilidades de contaminar las políticas sexuales con políticas anti-racistas y anti-capitalistas. El aquí y ahora es, para Muñoz, neoliberal: un momento de lo político que está fuertemente constreñido por las lógicas identitarias que reproducen incuestionadamente la estructura del sistema político y económico en el que se inscriben. El problema queer es cómo despertar la imaginación política y cómo hacerlo activando un pasado *ya no consciente* que es la historia de disidentes sexuales y racializadxes haciendo otros mundos. En uno la historia de las disidencias sexuales es la historia de la lucha de clases; en otro, la futuridad “es el principio dominante de la historia” (2020: 54) y lo queer una disposición temporal a perturbar el tiempo social. Si bien Muñoz se guarda de ligar utopismo con anti-materialismo (“una hermenéutica utópica que funcione como una crítica materialista histórica” (2020: 72) su trabajo no se detiene en pensar cómo se vuelve y se mantiene hegemónico un modelo de relacionalidad o de producción del tiempo social; a través de qué restauraciones y de qué transformaciones de sus políticas, su economía, sus relaciones de clases sexuales. No aparece así una indagación en las condiciones de posibilidad históricas de los impulsos utópicos; una inquietud por explicar no solamente qué impulsa imaginar otros modos de existir anti-normativos sino también cómo se enlazan las jerarquías, las múltiples determinaciones, la complejidad de la norma en su vinculación con la raza, el sexo y el capital como temporalidades y relaciones sociales históricamente determinadas.

En Chitty, producción y reproducción capitalista están claramente relacionadas y de modo dialéctico, pero de esa relación no resulta una(s) clase(s) sexual(es) producida(s) dialécticamente, sino que el conjunto de normas ligadas a la sexualidad (y a la hegemonía sexual) pareciera guardar cierta exterioridad. ¿Qué es, entonces, la reproducción para Chitty? Siguiendo su argumentación, podría referirse a la reproducción de las relaciones sociales y de la fuerza de trabajo, al trabajo reproductivo, a la procreación y la crianza. Sin embargo, no es en esa relación que varones y mujeres son producidxs (como antagonistas de clase) ni tampoco es en ella que se producen fugitivxs –en términos de Wittig (2006)- del régimen o de lo que el autor nombra como normas sexuales. La sexualidad y las relaciones de sexo

son comprendidas como si se enredasen con la cultura, la economía y la política en diferentes tiempos históricos de manera también diferencial; de ahí que el problema de la norma sea una cuestión de status que puede permanecer más o menos disponible para su articulación capitalista.

En Muñoz, en cambio, la cuestión es la de la contrahegemonía; el tipo de reproducción social que está pensando es, en palabras de López Seoane, queer o disidente (en Muñoz, 2020: 22). Su análisis no se centra en comprender cómo funciona la reproducción *straight* sino en analizar cómo sería pensable un modelo de socialidad disidente sexual (estructuras, parentescos, imágenes, transmisiones culturales y afectivas). Formas de vida que no se sostienen en la procreación y la formación de familias nucleares pero que hacen posible la supervivencia del grupo allí donde este aparece amenazado y que pueden pensarse también como formas de transmisión cultural, como un tipo particular de tradición que desborda y atraviesa la historia universalizante de la familia heterosexual como antecedente de toda formación social.

En el recorrido propuesto por este texto, fuimos exponiendo las tensiones que se presentan al cruzar posicionamientos teóricos y políticos ligados al utopismo y el realismo; el problema de la hegemonía sexual y el de la contra-hegemonía; y, por último, algunas líneas respecto a qué influencias podrían producirse sobre los mismos si los abordamos desde la pregunta por la reproducción. En ese sentido, entendimos por reproducción un conjunto de aspectos ligados a la reproducción global de la sociedad, al ámbito de la procreación y la crianza y a los mecanismos a través de los cuales se hace posible la reproducción de la fuerza de trabajo. Compusimos el problema a través de tres comprensiones diferentes del mismo: a) el de la reproducción de las relaciones sociales en la producción de valor capitalista b) la reproducción del sexo-género como temporalidad social crono-normal y hetero-lineal y c) la reproducción como espacio de interrupción y/o generación de temporalidades anti-normativas y/o relacionalidades otras. Lo que dio dirección a estas reflexiones tuvo que ver, entonces, con hacer hincapié en las tensiones, en tender a explorarlas más que a darles solución, señalando formas posibles de pensar la política, las temporalidades y las relaciones sociales, pensando a las categorías de sexo-género y de reproducción social como modos de entrar en

contacto con una socialidad, un mapa cognitivo, afectivo, de lo social que puede ser trastocada, alterando las relaciones pasado-presente-futuro.

Bibliografía

- Bersani, L. (1990). *Homos*. Buenos Aires: Manantial.
- Edelman, L. (2014): *No al Futuro, la teoría queer y la pulsión de muerte*. Barcelona: Egales.
- Chitty, C. (2023). *Hegemonía Sexual. Política, sodomía y capital en el surgimiento del sistema mundial*. Madrid: Traficantes de Sueños.
- Muñoz, J. E. (2020): *Utopía Queer: el entonces y allí de la futuridad antinormativa*. Buenos Aires: Caja Negra.
- Wittig, M. (2006). *El pensamiento heterosexual. El pensamiento heterosexual y otros ensayos*. Buenos Aires: Traficantes de sueños.